

## Tema 4

### Anclados en Dios, transformando este mundo.



#### 1-Oración Inicial<sup>1</sup>

#### 2- Revisión del Propósito de la reunión anterior<sup>2</sup>

#### 3- Contenido<sup>3</sup>

Poner este link:

<https://www.youtube.com/watch?v=w1424ctGkR8&index=3&list=PLD3Kn4x0vjevM7C7g8I7egaSiKVBVGmBg>

o bien buscar en Youtube: Misión de Schoenstatt 3

Luego comentarlo.

#### Anclados en Dios, transformando este mundo.

¿Cuáles son las santas tareas que cargan sobre nuestros débiles hombros?

El P. Kentenich lo expresaba así:

---

<sup>1</sup> Poner una velita, una imagen de la Mater. Quizás leer el evangelio del domingo próximo. Se puede poner un canto religioso, hacer peticiones o acciones de gracias.

<sup>2</sup> Hacerlo como una evaluación, no sólo chequeando su cumplimiento.

<sup>3</sup> No leer en voz alta el texto a continuación, sino que los que preparan la reunión, lo exponen en unos 10-15 minutos, en sus ideas centrales. Lo más importante es trabajar las preguntas y luego el compartir.

Si queremos llegar a ser hombres del más allá, -es decir, personas sobrenaturales, ancladas en Dios- en el sentido del tiempo actual, entonces se trata de no ser sólo apasionados por Dios sino también apasionados por el hombre. Se trata, por lo tanto, no sólo de hacer que los hombres se sientan en casa en el cielo, es decir, en el mundo del más allá, sino también impulsarlos a forjar una nueva creación, un nuevo orden social. A gestar un nuevo orden social que solucione los grandes problemas económicos y políticos que afectan a los desheredados de todos los países, especialmente de Sudamérica.

Esto lo decía el Padre fundador en 1968, pocos meses antes de que el Señor lo llamara a la Casa del Padre. Queremos ser hombres del más allá, religiosos, que buscan amar al Señor, a María, pero no para refugiarnos en el más allá, sino porque, anclados en Dios, tienen la fuerza de construir un nuevo orden social, una nueva cultura, un nuevo orden social marcado con el espíritu del Evangelio.

Uno de los frutos que nosotros, como jefes de la Familia, debiésemos llevar de vuelta a casa -continúa diciendo el P. Kentenich- es precisamente esto: plegarnos apasionadamente a Schoenstatt bajo la consigna de la construcción de un nuevo orden social. No se trata de encerrarnos en nuestra pieza a rezar; no pretendemos encarnar el benedictismo en nuestras filas, llevando una vida silenciosa, de interioridad. Con certeza que eso también lo queremos, pero esto sólo, en último término, para ser conquistadores del mundo, para ser un nuevo Colón, para construir un mundo nuevo y ponerlo a los pies de Dios, para participar en la gran misión de la Santísima Virgen para nuestro tiempo. Algunos dicen: hay que dejar que el mundo siga su camino y después, luego que haya tomado forma, lo bautizamos. ¿Qué significaría esto? Que los cristianos permanecemos en segundo plano. Nunca debemos creer algo así. Nosotros tenemos que transformar el mundo, nosotros mismos tenemos que ayudar a forjar un nuevo orden social.

¿Dónde están los schoenstattianos comprometidos en este sentido, que se destacan como líderes de la transformación y la plasmación de una nueva sociedad?

Queremos que se haga realidad la petición del Padrenuestro: Venga a nosotros tu Reino. Lo rezamos varias veces al día. ¿Qué significa esta petición? ¿Que ese Reino venga a mi casa, a mi corazón? Por supuesto que sí, pero queremos que Chile entero sea Reino de Cristo. Un Chile dividido, un Chile donde no todos nos sentimos hermanos, un Chile donde las diferencias sociales "claman al cielo", donde hay miseria y drogadicción, donde cada día hay más destrucción de la familia, donde reina el relativismo moral, un Chile consumista y materialista, ese Chile tiene que llegar a ser un Reino de Cristo, un reino de la verdad, un reino de la santidad, de la justicia, de la paz. Somos responsables de ello. ¡Cuánto insistió el P. Kentenich que la Iglesia estaba llamada a ser alma del mundo! La Iglesia es el germen del Reino de Dios aquí en la tierra. Y nosotros tenemos que construir ese Reino de Dios aquí en la tierra.

La obra redentora no se limita a sanar nuestra relación con Dios; ésa es la base: hombres anclados en el más allá). También quiere sanar nuestra relación con los hombres, no sólo en nuestro pequeño círculo, sino en la sociedad en la que vivimos no sólo en el orden familiar sino en todas las dimensiones de la sociedad no sólo en la actitud sino también en las costumbres, las leyes, estructuras sociales, políticas, culturales, económicas, laborales...

Hombres profundamente arraigados en Dios, que se sepan instrumentos en sus manos, son los que están capacitados para construir una nueva sociedad.

El sueño que tuvo el marxismo fue el paraíso aquí en la tierra: una sociedad de hermanos, una sociedad libre. Ideales totalmente respetables, de raíz cristiana, que son también nuestros ideales, pero ellos pretendían ese ideal prescindiendo de Dios. Según la doctrina marxista, había que

descartar a Dios, porque la religiosidad apartaba a los hombres de la urgencia de transformar la realidad.

Conocemos la frase clásica de Marx: "La religión es el opio del pueblo". Podría suceder también que Schoenstatt se viviera como un opio, como un tranquilizante. Pero ello iría enteramente contra la mentalidad del Padre fundador.

Ese sueño marxista, revestido de otro ropaje, es también el sueño de la cultura actual. ¿Quién cree que es importante ser hombres "del más allá"? ¿Quién cree en lo que nosotros realmente queremos? No creen en nuestros medios; piensan que es ilusión, utopía. Los que deciden —ésta es la convicción— los que tienen el sartén por el mango, son los que cuentan con el poder económico, con el poder de la propaganda, de la técnica, de la ciencia, etc. "Si quieren creer en Dios, -opinan- crean, total, no pasa nada, da lo mismo que crean o no crean... Son otros los criterios que juegan allí donde las papas queman". Así se piensa. Nuestra sociedad tiene el mismo bacilo, el mismo germen del colectivismo, en su alma: la separación de fe y vida, de religión, de Evangelio y cultura. Se sueña un progreso maravilloso donde todos estarán bien, donde todos tendrán los medios necesarios, donde los pobres dejarán de ser pobres, donde gozaremos del paraíso consumista, gestado por la técnica y la ciencia, un mundo redimido de los males sociales, pero sin un Redentor, sin necesidad de Cristo, sin Dios.

Pero sabemos que sin Dios esto es una utopía; es un sueño irrealizable tener una sociedad fraterna, en paz, con justicia, con un progreso estable, sin Dios.

Sin Dios, sin Cristo redentor, no hay posibilidad de humanismo alguno.

Porque sin Dios:

No hay norte

No hay moral

Reina el relativismo

Reina la ley de la selva

Y así se hace presente la corrupción en todas sus formas

De allí que el P. Kantenich, junto con insistir en la necesidad de sanar los vínculos en el orden natural, insista también en la necesidad de la conquista y cultivo de los vínculos sobrenaturales, del vínculo al Dios Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo, con María. En otras palabras, lo primero es la forjación del hombre filial, anclado en Dios.

Sin Dios no hay ley, no hay orden de ser, no hay moral. Y esto lo estamos experimentando cada día en forma más contundente. ¿O no vemos la corrupción que se está dando en todos los niveles y esferas sociales? Pensábamos que en Chile la droga nunca estaría tan extendida; pensábamos que eso era para Estados Unidos, para Europa u otros países, pero nunca imaginábamos que llegaría a Chile. Tampoco imaginábamos que la corrupción pudiera darse en el poder judicial, en las empresas, en la policía ...

Cuando la Iglesia se debilita, cuando los cristianos no son cristianos auténticos, es inevitable la corrupción. Y seguirá a pesar de todo el avance que tengamos en la técnica y en el desarrollo económico.

### **La Responsabilidad de los Laicos**

En este contexto, nuestra Familia tiene que despertar. Tenemos que despertar para asumir nuestra responsabilidad como laicos, porque, si se trata de renovar la sociedad, están los laicos, ustedes, en primer lugar. No están, en primer lugar, los sacerdotes, los religiosos, los consagrados.

Si anda mal la Iglesia, la parroquia, entonces la culpa recae principalmente en los sacerdotes. Pero si están mal la política, la economía, la empresa, el sistema de salud, el sistema laboral, es responsabilidad principal de los laicos.

Los laicos son los llamados a cuidar que el orden temporal (el del tiempo, del mundo) corresponda al querer de Dios. Que ese orden temporal esté traspasado por los valores del Evangelio y de la doctrina social de la Iglesia.

La posición de la Iglesia ha sido muy clara en este sentido. Según el Vaticano II:

A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales (mundanos, sin el tono menospectivo) . Viven en el siglo (en el mundo), es decir, en todas y a cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entretejida.

Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo y de este modo descubran a Cristo a los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, fe, esperanza y caridad.

A ellos, muy en especial, corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de tal manera que se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desarrollen y sean para la gloria del Creador y del Redentor. (LG IV:31-32)

Son palabras clarísimas, luminosas, donde no cabe perderse. Esa es la misión del apostolado laical; ése es el apostolado propio de ustedes. Es ahí donde son apóstoles permanentes. Y si trabajamos en Schoenstatt, en la parroquia, es para ayudar a formar a personas que se comprometan con nosotros y como nosotros en esto.

El Papa Pablo VI, en la encíclica *Populorum Progressio*, afirma lo siguiente:

*Los seglares deben asumir como tarea propia la renovación del orden temporal; si la función de la Jerarquía es la de enseñar e interpretar auténticamente los principios morales que hay que seguir en este campo, pertenece a ellos, mediante sus iniciativas y sin esperar pasivamente consignas y directrices, penetrar del espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de su comunidad de vida.* (Pablo VI, en. *Populorum Progressio*, 26-03-1967, n. 8).

Juan Pablo II, refiriéndose a las familias, afirma en el mismo sentido:

*La función social de la familia está llamada a manifestarse también en la forma de intervención política, es decir, las familias deben ser las primeras en procurar que las leyes y las instituciones del Estado no sólo no ofendan, sino que sostengan y defiendan positivamente los derechos y los deberes de la familia. En este sentido las familias deben crecer en la conciencia de ser protagonistas de la llamada política familiar, y asumir la responsabilidad de transformar la sociedad; de otro modo las familias serán las primeras víctimas de aquellos males que se han limitado a observar con indiferencia. La llamada del Concilio Vaticano II a superar la ética individualista vale también para la familia como tal.*

(Juan Pablo II, Ex. *Familiaris Consortio*, n. 44, 22-11-1981)

Esto es lo que queremos. Si no somos la levadura y sal de la tierra, si no estamos en los lugares donde se deciden las leyes, las costumbres, las estructuras de vida comunitaria, continuaremos teniendo un país como el que tenemos. No basta con que el cardenal y los obispos hagan su labor. Tienen que hacerla y la hacen, pero poco o nada sacan si nosotros, como laicos, no estamos al pie del cañón.

## **No basta con proclamar la verdad**

Primero, tenemos que tomar conciencia de que no basta con proclamar la verdad sobre la sociedad o la moral cristiana, con proclamar la doctrina social de la Iglesia

No basta con denunciar los males de la sociedad y de la familia.

No basta con una pastoral doctrinalista (enseñanza de la doctrina social).

No basta tampoco con la insistencia de la jerarquía en el tema.

Y si se trata de la familia, como célula básica del orden natural, tampoco podemos centrar nuestras respuestas sólo en los casos límite. No podemos agotarnos en la denuncia (por más necesaria que ésta sea) apagando incendios en relación a: los divorciados — la ley del divorcio, al problema del aborto, en relación a las diversas píldoras y métodos artificiales anticonceptivos, a los embarazos de las adolescentes, a la homosexualidad y el lesbianismo.

No basta tampoco con un trabajo pastoral que preponderantemente se mueve en el campo psicológico, que ve el matrimonio y la familia básicamente en el orden natural sin incorporar, intrínsecamente, el orden de la gracia.

Tenemos suficientes pruebas de la insuficiencia de este camino. Junto a todo esto hay algo más importante.

No basta con proclamar la verdad. Esta es una gran falacia en la cual normalmente caemos. Sobre la doctrina social de la Iglesia hay innumerables documentos: encíclicas, discursos, exhortaciones apostólicas, estudios, etc. Todo está analizado, todo está dicho. Y luego, ¿qué pasa? Creo que una gran mayoría ni siquiera los conoce. ¿Quién ha leído las grandes encíclicas? Recordamos, cómo desde hace decenios, la Iglesia confía a los laicos la gran responsabilidad de poner en práctica la doctrina social. Surgieron partidos políticos con esa impronta ¿y qué pasó?

Si poseemos la verdad, si aclaramos la doctrina, se piensa, poseemos la virtud. Pero no es así. Eso es idealismo, platonismo. La pura doctrina no sirve de mucho. No quiero decir que no damos importancia a la doctrina social, que no debemos proclamarla. Pero es clarísimo que sólo la doctrina, sólo la proclamación de la verdad, no basta. Podemos agotarnos dando charlas sobre el no al divorcio, no a la píldora del día después, sobre la moral, sobre el aborto. Es lo que se hace constantemente y está bien que se haga. Pero, ¿cuánto logramos? Pareciera que no tanto, quizás algo... De todas maneras, es insuficiente. ¿Creen ustedes que con una buena ley sobre la familia, las separaciones se detendrán? Ojalá contemos con una buena ley de matrimonio y familia.

No basta una pastoral doctrinalista; no basta la denuncia y la insistencia por parte de la jerarquía. El Papa Juan Pablo II, ¡cuánto ha insistido sobre la doctrina social! No basta con denunciar los males y denunciar cuán inmoral es el aborto, o que el divorcio va contra la ley natural, etc. No basta simplemente con denunciar los males de la sociedad y de la familia.

Por otra parte, tampoco basta con centrar nuestros esfuerzos en denunciar los casos límite: el divorcio, el caso de las madres adolescentes, solteras, el aborto, el matrimonio de los homosexuales... Son todos casos límite y es lo que más aparece por todos lados, lo que más se difunde. Nos quemamos las pestañas diciendo lo inmoral que son estas realidades. Está bien, pero no basta. No podemos centrar todos nuestros esfuerzos en apagar incendios. Apagamos un foco y aparece otro peor ...

No basta tampoco con un trabajo pastoral que preponderantemente se mueva en el campo psicológico. A veces la pastoral familiar se centra demasiado en el trabajo de la pareja, del diálogo matrimonial, en la educación de los hijos, etc. Pero la religiosidad, la fe, la espiritualidad, parecen como un pegote. Hace falta que cambiemos desde adentro; tenemos que cambiar nuestra realidad familiar y matrimonial desde la fe, con la fuerza de la gracia. Con pura psicología tampoco

se logra mucho. Qué difícil es solucionar los problemas sólo por ese camino, vamos de un psicólogo a otro, de un psiquiatra a otro, de una terapia familiar a otra. Sin duda que no rechazamos, ni mucho menos, la psicología o las ayudas en el orden natural, pero no las vemos ni separadas ni yuxtapuestas a la fuerza de la gracia que sana y plenifica la naturaleza, el amor, el diálogo, la sociedad ...

Hacer un intercambio respecto al tema.  
Inventar una dinámica.

#### **4. Propósito**

Que aterrice lo conversado a la vida práctica.

#### **5. Oración Final**

